



manuel olimón nolasco

historiador

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

27 DE JUNIO DE 2014.

Homilía.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Una de las palabras que más se han desgastado con el paso del tiempo y con la superficialidad con la que se pronuncia es AMOR.

Sin embargo, en las lecturas de esta solemnidad se ha oído varias veces. San Juan, en su carta insistió en el Amor como una realidad que da nacimiento a una nueva vida, que aporta conocimiento y se difunde. El amor, pues, es más que un sentimiento o una manifestación de afecto, solidaridad o compasión. Es camino para ver a Dios, fuente del verdadero amor: “Si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a los otros. A Dios nadie lo ha visto nunca; pero si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor en nosotros es perfecto.”

La palabra divina nos ayuda a comprender: el amor es un dinamismo que desde Dios impulsa a la humanidad, a quienes somos “imagen y semejanza suya” a darle un sentido profundo y diferente a la existencia. Es un acercamiento de Dios con sus criaturas, un compromiso. De labios de Moisés hemos oído: “El Señor se ha comprometido contigo y te ha elegido...por el amor que te tiene y para cumplir el juramento hecho a tus padres...con mano firme te sacó de la esclavitud y del poder del faraón, rey de Egipto...” Y teniendo al frente la historia de la fidelidad divina, llama a responder: “Guarda, pues, los mandamientos, preceptos y leyes que yo te mando poner en práctica...”

La venida del Verbo de Dios, sin embargo, “trajo consigo toda novedad” y Quien se había revelado al pueblo de Israel como “compasivo y misericordioso”, se desbordó en la entrega en la Cruz de su Hijo, que suplantó los altares de los viejos sacrificios y fue plataforma de lanzamiento

de la Resurrección y la Vida. Jesucristo “pasó haciendo el bien” e hizo verdaderas las palabras del Salmo: “El Señor perdona tus pecados y cura tus enfermedades; rescata tu vida del sepulcro y te colma de amor y de ternura.” Su corazón humano colmó la sed humana de misericordia y cercanía.

No obstante, esa inmensidad y grandeza la reservó—como lo hemos oído en el Evangelio de San Mateo—para “la gente sencilla”, no para “los sabios y entendidos.”

Por consiguiente, celebrar al Sagrado Corazón de Jesús es tarea de sencillez: “recordar la grandeza de los beneficios de su amor” y pedir que “merezcamos recibir gracias cada vez más abundantes de esa fuente celestial.” Es pagar su amor con amor, hacer realidad cada día y todos los días, el mandamiento que resume a todos los mandamientos: “amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.”

Celebrar al Sagrado Corazón de Jesús es salir del pequeño horizonte de nuestras preocupaciones, necesidades y dolencias y de las de nuestro círculo cercano y ensanchar el corazón para descubrir las huellas que el pecado ha dejado en el mundo que nos rodea y mediante nuestra oración y entrega disminuir sus efectos de muerte. Es el impulso que en la tradición católica se expresa como una devoción “de amor y reparación”, que eleva la mirada a ese “corazón que tanto ha amado a los hombres y sólo tiene como respuesta indiferencia y desprecio.” Es el impulso que invita a dar vida al apostolado que comienza y termina como un “apostolado de la oración”: hacer propias las grandes intenciones de la Iglesia, del Santo Padre, de las misiones en regiones de paganismo antiguo o de desapego moderno de todo vínculo con la moral y el temor de Dios.

Nuestra mirada al corazón de Jesús, pues, ha de contemplar el desequilibrio entre la entrega de ese corazón traspasado, de ese vibrar de su presencia en la Eucaristía y los caminos que el pecado continúa trazando en la humanidad. Para San Juan, las huellas del Maligno se presentan de tres formas: como la envidia que lleva, a la manera de Caín, a la muerte del hermano; como la confusión que impide que la Verdad brille con su intensidad natural; como la oscuridad, la duda, el reinado de las sombras, que aleja al hombre de la Luz, es decir, de Dios, pues “Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna.”

Son muchas las realidades que en nuestro mundo presentan ese contraste y desequilibrio: las guerras y los odios fratricidas que continúan en muy distintos lugares del planeta; la corrupción que abarca tantos espacios e impide el crecimiento de los pueblos; la mentira que atenta contra la dignidad del hombre sediento de verdad; los atentados contra la vida cada vez sancionados por las leyes con mayor facilidad; los tentáculos del narcotráfico...Son estos y muchos más, espacios que

están llamando a nuestra oración, a la confianza en ese Corazón divino que quiere nuestra cooperación en su obra, quiere que su Iglesia sea “signo levantado entre las naciones.”

Hoy quiero fijarme solamente en una realidad que invita a que nuestro corazón salga de su pequeñez. Me refiero a lo que está pasando con miles de niños, sobre todo centroamericanos, que han sido considerados “ilegales” en Estados Unidos y se encuentran aislados y hacinados en bases militares. El gobierno estadounidense sólo se interesa en expulsarlos de su territorio con el pretexto de que violan las leyes sin mirar las causas de esas acciones desesperadas y menos aún sobre los derechos de todos los niños a la educación, la alimentación y una vida digna. Esta última se concreta en el derecho a formar parte de una familia, a tener un hogar, a jugar, a no tener preocupaciones, a poder conocer a Dios y su obra...El gobierno mexicano y los de los países centroamericanos parecen hasta ahora observadores lejanos e inmóviles. El presidente mexicano Peña Nieto sólo ha dicho: “Hay que buscar una estrategia regional para que la repatriación sea más rápida”, es decir, parece no ver otra alternativa que la expulsión.

¿Algo podrá hacer nuestro acercamiento al Corazón de Jesús en éste y tantos casos? Claro que sí; pero hay que dejar de considerar esta devoción como algo del pasado o algo individual y lanzar nuestra palabra o nuestro silencio a ese Corazón misericordioso, traspasado por los pecados del mundo. Habrá que cambiar nuestra actitud tantas veces concentrada en sentimientos pasajeros y “fiestas” que año con año se repiten con monotonía. Antes de quejarnos de la situación del mundo o de decir con nostalgia gris que “todo tiempo pasado fue mejor”, hemos de buscar un cambio en la orientación de nuestra mirada.

Ser devotos del Sagrado Corazón es estar adheridos a las promesas que Él reveló en la aldea francesa de Paray-le-Monial a Santa Margarita María hace más de tres siglos. Entre ellas se encuentra aquella que al invitar a ensanchar los horizontes nos abre al cuidado de las “grandes tareas” que los cristianos tenemos en el mundo y a dejar en sus manos las “pequeñas tareas” que a veces nos preocupan: “Tú cuida de mis intereses y yo cuidaré de los tuyos.” Los intereses de Jesucristo no se detienen a la puerta de mi casa o en la estrechez de mi corazón.

Ser devotos del Sagrado Corazón es escuchar con una confianza que se acerca al infinito su voz: “Si te encuentras en un abismo de tinieblas, introdúctete en la Luz del Corazón divino: allí, quitándote el oscuro velo, Él te revestirá de su luz; te llevará como a un ciego que no podrá ver nada a no ser bajo esta luz divina...¡Ánimo, pues! Termina lo que has comenzado a favor de este Corazón divino y cree que te dará multiplicado cien veces lo que harás por su amor.”

Todavía como arzobispo de Cracovia, San Juan Pablo II expuso con profundidad lo que significa acercarse al Corazón de Jesús: “Es la devoción más amada y más humana. En ella se manifiesta la verdad de que Dios está cercano al hombre y el hombre a Dios. Que el hombre en su estructura específica es creado a imagen y semejanza de Dios, porque nos hace ver que eso es esencialmente divino, cómo el amor pudo encontrarse en un mismo corazón que de suyo es mortal. En efecto, el mismo Corazón de Cristo ha cesado de latir en su cruz al ser traspasado por la lanza. En esta muerte y traspaso se reveló todo el designio del amor de Dios y se puso delante de los ojos y en el corazón del hombre un signo claro, sensible, para que signifique y busque el amor.”

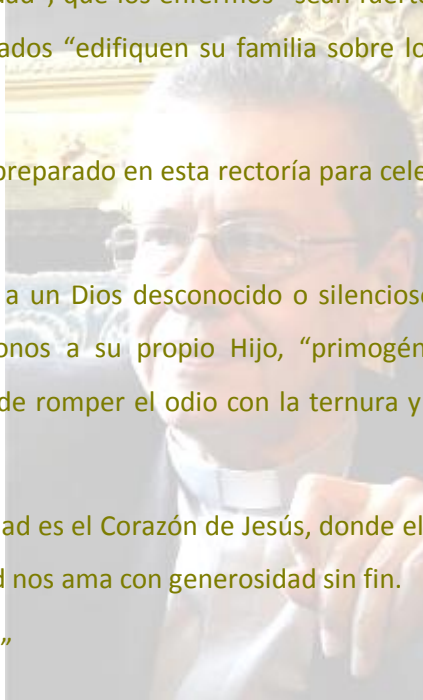
Su Santidad el Papa Francisco hace poco señaló algunas rutas para hacer viva esta devoción: que los jóvenes “amen con intensidad”; que los enfermos “sean fuertes y lleven con paciencia la cruz del sufrimiento” y que los casados “edifiquen su familia sobre los cimientos de la fidelidad y el amor de Dios.”

Estos días en que nos hemos preparado en esta rectoría para celebrar esta solemnidad, lo hemos hecho bajo esta convicción:

“Los cristianos no invocamos a un Dios desconocido o silencioso. Él, que es Luz y Amor, se ha acercado a nosotros enviándonos a su propio Hijo, “primogénito de la creación”, muerto y resucitado por nosotros, a fin de romper el odio con la ternura y la soledad con la esperanza de estar con él.

“El símbolo vivo de esta realidad es el Corazón de Jesús, donde el amor divino se desbordó en un corazón humano que de verdad nos ama con generosidad sin fin.

“Invoquémoslo con confianza.”



p. manuel olimón nolasco.